

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

TUCUMAN

184

L.O.S. P.O.C.I.T.O.S.

Maestro.....ZOILA L. DE JUÁREZ.....Escuela nº 255.....

Fojas.....5.....

OBSERVACIONES

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

255

= El Copamiento =



= Costumbres tradicionales en los
"Valles Calchaquies" =

= El topamiento =

La civilización, abriéndose paso por entre los escabrosos senderos que dan acceso a los Valles Balchoquies, ha tocado con prodigiosa mano los páramos estériles, y haciendo vibrar el bronce de campanas, cuyo tamen cotidiano, dignifico a una generación que empieza, ha mitigado un tanto el eco de la tradición indígena.

Sin embargo, así como en las escarpadas lomas se conservan todavía vestigios de las grandes fortalezas hechas con piedras por estos bélicos pobladores, así también sus descendientes han conservado como un tesoro de inapreciable valor, ciertas costumbres que por lo general son dadas en donde los instintos de su raza, no obstante los reiterados sermones del cura párroco, que considera un sacrilegio esa reverencia a las cosas profanas, se desbordan en raudales de volaz y libaciones.

Entre otras de las más originales y curiosas, es la de los topamientos.

El jueves que precede a los días de Carneolendas, es el indicado para esa ceremonia y antes de que el sol aparezca sobre los elevados picos de las serranías, ya en el rancho más espacioso y cómodo, un crecido número de mujeres inician los preparativos, afanadas por terminar un arco ubicado en medio del patio, con un radio de tres metros más o menos, confeccionado con robustas cañas de Castilla y flexibles gajos de saucer, de donde cuelgan atados en jorinales, toda clase de frutos característicos de la región, desde los hermosos racimos de uva que parecen transplantados en esa parra regularada, los jugosos duraznos, rojos de vergüenza, porque algo le han dicho esas pálidas lenguas de quesillos que están casi tocándolos, hasta las amarillas lunas, como nunca orgullosas por el cambio y que escondidas entre el follaje protegido, se burlan de Febo, que asoma sorprendido la cabeza.

Algunos retoques más y el arco está terminado, soportando el peso de tantos comestibles y de las ávidas miradas de muchos pequeños que a la distancia esperan ansiosos la hora del topamiento.

Poco a poco empiezan a llegar los invitados ataviados con sus mejores galas. - Los hombres jóvenes, girates en briosos caballos que hacen cascabelear la plata reluciente de los aperos, echan pie a tierra, con el infaltable poncho de vicuña en el brazo, empujando recio talero de cabo de algarrobo con incrustaciones de plata; chaqueta corta, estrechos pantalones, fuertes medias, alforzates nuevas y sombrero negro echado hacia atrás, sujetado por un barbijo de roja hilera.

Los viejos, más conservadores no han claudicado. Llevan ojotas y pantalones de picote.

Las mozas llegan también a caballo abalanzando de sus habilidades ecuestres, y el aire, desabogado por la carrera, hace ondear las blondas y cintas de sus llamativos sombreros de paja. Los grandes garcilles relucen a la par que los ojos; y la ancha pollera de satiné algo levantada, deja ver un sinnúmero de enaguas almidonadas y unas botas de cuero con lustrosa puntera de charol.

Todos se deshacen en cumplidos con la decencia de cara, alaban la estructura del arco y felicítandola por su exquisito tacto y buen gusto. - El patio está concurrencioso y el sol bastante alu-
ha.

Tres golpes fuertes dados al bombo indica que la ceremonia va a empezar. - Las mujeres se reúnen presurosas en un extremo del patio frente al arco. - Los hombres hacen otro tanto en el otro extremo. En ambos grupos resaltan los destinados a ser compadres.

El, un moctón fuerte como de veinte años, sonríe satisfecho mostrando una doble hilera de blanquissimi dientes. Ella, más joven pero en la plenitud de su desarrollo, es una guapa moza; con la mirada baja y algo emocionada, no deja en quietud al blanco pañuelo que tiene en sus manos.

Ambos llevan grandes coronas, cuya base circular que está en contacto con el cuero cabelludo, es hecha con masa de harina y la parte superior es de queso adornado con caprichosos dibujos.

Las coronas son sostenidas por la oportuna intervención de los

padrinos que no descuidan un minuto la cabeza de sus ahijados. Tambien llevan consigo la tradicional y dulce mistela, bebida que preparan a base de aguardiente y azucar, en donde ponen a macerar las flores de ataco, planta que segun los botánicos, pertenece a la copetuda familia de las Amaran-taceas y, colorea a la bebida de rojo, comunicandole cierto sabor característico y especial.

De repente el acordeón toca algo así como una marcha mientras que el bombo acompaña con mazazos que repercuten en el corazón.

Entonces un viejito, el más viejo de todos los presentes, que habia visto nacer a los abuelos de los que se topaban, rompió la marcha dirigiendo la procesion alrededor del arco.

Su canosa barba, matizada de amarilla y verde como así la aureola formada por sus blancos cabellos, le daban aspecto sagrado. Sus ojos hundidos y apagados por el efecto de los años, adquieren un brillo singular de veneracion y entusiasmo, pero al mismo tiempo hay un gesto tal en su fisonomia, comparable tan solo al de un anciano sacerdote que trata de contener la corriente de incredulidad que amenaza a sus fieles, por que bien sabia él que la tradicion de sus antepasados se iba extinguiendo, como se extinguían la sabia de algunos árboles que plantaron sus padres, como su vida misma.

Hombres y mujeres dan una vuelta completa hasta quedar en la posición que estaban antes. Desde allí se dirigen en linea recta para encontrarse bajo del arco. - Ya han hecho alto. - En este momento calla la música y el silencio más completo se sucede. Los futuros compadres, frente a frente llenan de mistela sus respectivos vasos. En seguida se cambian los recipientes. - Ella con una resolucion inesperada inicio el brindis diciendo: - "A su salud mi compadre". - El mozo la mira un instante y le responde: - "A la de usted comagrita" - y de un solo sorbo vacian el contenido. Vuelven nuevamente a llenarlo y toman a la salud de los padrinos, despues a la de los concurrentes hasta que concluyen las botellas.

Acto continuo agochan la cabeza y entonces, el vicario que dirige la ceremonia, cambia las coronas, alza una mano señalando al linamiento y con suave y débil voz les dice: "Sean compañeros hasta l'eternidad".

No bien la frase ha terminado, cuando cien voces al unísono los aclaman con vivas estruendosos, y otras tantas manos pugnan por arrebatár los comestibles que cuelgan del arco, mientras que los compadres en lucha salvaje se arrojan al rostro puñados de harina. Los chucuclos con increíble audacia, desafiando fisotones y codazos, aprovechan la confusión para llegar a los dorados racinos.

Este estado de nervios se prolonga por varios segundos, pasado los cuales, del arco no queda más que los soportes, como si una manga de langosta se hubiera forado sobre él.

Los mozos más afortunados invitan a sus damas con el fruto de sus esfuerzos. Los rapazuelos menos galantes, engullen en silencio lo que tantos les ha costado y los compadres algo mareados ya, se rien de buenos gana al mirarse la cara, que blanqueada por la harina, tiene más de tortilla que de rostro humano.

Con seguidor ellos son los primeros en hacer temblar las paredes de adobe con sus caprichosos zapateos, y cuando el baile ha tomado incremento, son llamados por la dueña de casa, que los convida a pasar a una reservada pieza chica y aislada del bullicio, en donde el excelente loco que humea en grandes platos de madera y un olor a carne asada excitan el apetito. Y allí, entre bocado y bocado se hacen toda clase de bromas alabándose mutuamente. La gente baila en una espaciosa pieza que resulta chico para tan crecido número de parejas. Las botellas circulan de boca en boca y a medida que el sol declina hacia el poniente, el alcohol perturba los cerebros y pone en los ojos tonalidades de languidez y de coraje, y es entonces cuando hablan de amor y de peleas. La noche se acuerdan de los compadres, que pasan desapercibidos entre los bailarines.

En el patio, los cantores saludan al crepúsculo de la tarde. Se forman en grupo como de diez personas cada uno, con su correspondiente coplista, hombre o mujer que toca la caja e inicia el canto. Los demás le hacen coro a cada verso. El tono es un continuo grito de melancolía y tristeza. El coplista es el personaje principal, el verdadero poeta indígena que improvisa con soltura y canta a la naturaleza con un pesimismo exagerado en donde el dolor se hace carne.

Van sob una coplista vieja y famosa en sus buenos tiempos, da a sus versos cierto aire de chistosa alegría. Un coplista joven que la oye, le dice en su canto, que sus versos no son verdades y que el tono y el sonido de la caja la están desmintiendo. La vieja lo escucha; y cuando el otro ha terminado, hace sonar su caja mientras piensa en la respuesta que no tarda mucho, por que en un segundo se decide y le contesta:

Oiga mióto,
 Si su caja llora,
 llora y dolor
 porque está hecha y cuero
 de chivo capón.
 Pero la mía
 es de otro cuero
 es de la misma franja
 de un chivo entero.

Y la noche los sorprende con su cortejo de horribles brujas y diminutos duendes. Todos se alejan del rancho en dirección a los extensos jarillales pedregosos y estériles, cantando siempre con canto monótono y triste que aumenta a los espantos. Pero no faltan algunos que por tener caballos espantados, se han dejado quitar el sombrero por el duende y el diablo de poncho blanco y ginele en mula overa, los ha arrastrado varios metros.

El rancho ha quedado a oscuras. Van solo se oye el ladrido de los perros y el ronquido del compadre que en

el patio y muy cerca de los vestigios del arco, duerme
como un bencilito.

Loila S. de Suarez

Escuela Nacional N° 255 - Los Pocitos

Agosto 20 de 1921